Eneatipo II: el Orgullo

En todas las tradiciones espirituales se considera al Orgullo el pecado principal, pues el orgulloso resuelve la pérdida del sentido de existir y de la conexión llenando el vacío con una imagen grandiosa de sí.

La construcción de una imagen de sí *luminosa* y exaltada debe ser alimentada por la necesidad de ser amado y adorado por el otro. Su orgullo necesita que el otro le considere indispensable e insustituible, sin tener conciencia de en qué medida, en realidad, es él mismo quien depende del otro.

El E2 confunde el propio placer con dar placer al otro; no tiene un contacto directo con sus necesidades esenciales.

En su familia, el niño E2 ha sido fuente de alegría y plenitud. Tuvo, a menudo, el rol de aliviar dolores o carencias, e iluminar las sombras de la familia.

Este rol tan difícil no representó para él un reconocimiento auténtico o un valor, sino que fue la única forma que encontró para ser visto, pero se convirtió en una masiva defensa contra el dolor por la humillación de haber sido usado.

La gran satisfacción narcisista de ser «la luz de los ojos de mamá» para los niños, o de papá para las niñas, se paga con la imposibilidad de cumplir un rol propio.

El E2 establece vínculos amorosos principalmente a través de la compulsión a ser seductor. Se podría definir al E2 como a un «especialista del enamoramiento», situación que hace que se sienta vivo. No puede evitar conquistar personas y territorios y ni siquiera se pregunta si la persona o el territorio son realmente interesantes para él.

Estar en el centro de la atención, o bien ocupar un lugar privilegiado (para el dos conservación), le da la seguridad de que no será abandonado, por cuanto es el compañero o amigo insustituible.

En las relaciones, no logra retirarse de su tarea, consistente en llenar al otro o en satisfacer sus demandas. Debe presentarse como aquel que tiene todo y puede dar; debe ser visto como persona que no necesita y no tiene necesidades; la falsa abundancia es su estilo interpersonal, su fijación.

La facilidad con la cual establece relaciones afectuosas y eróticas se percibe en su cuerpo: tierno y flexible, con una mirada que no teme el contacto directo, rayando a veces en la invasión. La expresión del erotismo es libre.

E2 SOCIAL: AMBICIÓN

En el dos social, la pasión del orgullo se manifiesta como una satisfacción en la conquista del público.

Puede que para despertar a una gran pasión no se necesite desarrollar mucha inteligencia, ni aparentarla, pero a una dos social nunca podría llegar a bastarle el ser considerada como una *rubia tonta*. Una dos social necesita *ser alguien*, y para poder ser alguien necesita utilizar más su mente. Al tratarse de una persona que quiere ser importante para poder alimentar su orgullo, debe ser capaz de seducir al entorno social, volviéndose un seductor de grupos, un ser distinguido y, tal vez, no solo alguien superior, sino con un don de liderazgo.

Ichazo hablaba de *ambición*, pero podríamos decir que se trata de una pasión por estar en cierto sentido por encima; y a través de tal estar por encima, tener influencia y tener ventajas. Es este el tipo de persona que se presenta al mundo como grande o importante, a diferencia del E2 sexual, a quien principalmente le interesa ser importante para su pareja, o al tipo conservacional, que, como veremos, es un contra-dos.

La transformación en el E2 social por Paolo Baiocchi

El cambio terapéutico del dos social pasa por recorrer un camino de humanización que, en esencia, podría ser bautizado como el paso del liderazgo a la paridad. El viaje se cumple en etapas muy lentas, pequeñas conquistas, crisis, descubrimientos, alimentos para el espíritu, curaciones y aperturas de panoramas existenciales y relacionales nuevos. En las siguientes páginas describiremos las principales áreas del cambio terapéutico, fijándonos en las estructuras disfuncionales y en las maneras de evitarlas.

Posición de superioridad y desorden de roles

La primera consideración sobre el cambio terapéutico del E2 social atañe a la relación de superioridad que establece hacia los propios padres y que más tarde será proyectada hacia otras figuras de autoridad, sean profesionales, afectivas, etcétera.

El dos social se sitúa por encima de sus padres de una manera no autoritaria, sino ambivalente. Por una parte adopta el rol de autoridad, por la otra quiere adquirir de la autoridad todo el poder para brillar. Como se suele decir, el dos social quiere «sentarse a la derecha del padre». A nivel psiquiátrico, cuando un dos social entra en una crisis psicótica suele ocurrir que delira en un sentido maniaco creyendo frecuentemente —por lo menos en nuestra cultura— que es la rencarnación de Jesucristo. La imagen mitológica de Cristo acompaña bien a la estructura maniaca del dos social, caracterizada por la pseudogenerosidad, por la idealización interior del cariño y por un sentimiento de superio-

ridad. El primer movimiento hacia la transformación consiste entonces en ponerse en el lugar justo en relación a los padres: el lugar de hijo. En otras palabras, el dos social tiene que ser contenido por la autoridad de los padres.

De modo muy especial, es necesario que el E2 social renuncie a la idea de tener que hacerse cargo de las dificultades de los propios padres. ¿Cómo es posible que llegue a apegarse a esa idea? Normalmente, ocurre una colusión incestuosa con el padre. En numerosos casos, la madre suele estar deprimida o es abandonadora o infantil, y requiere del hijo que ejerza un rol genitorial, mientras que el padre pone al hijo en un rol de paridad o de superioridad. Este desorden inicial, que persiste también en la vida adulta, crea un problema de límites y de falta de claridad en los roles.

Así, el dos social se relaciona en modo poco claro con las personas, portándose amistosamente y luego poniéndose arriba como figura de contención, o a veces pidiendo también ser contenido. En este caso es necesario desarrollar con el dos social mucha claridad en relación a la definición de los roles, prestando especial atención al respeto de los límites.

Narcisismo

Tomar conciencia de los rasgos narcisistas de la personalidad es un trabajo importante. El dos social muestra un narcisismo basado en la competición territorial y sexual. La necesidad de distinguirse y conquistar en estos ámbitos es la consecuencia de un desplazamiento de la autoestima afectiva hacia la autoestima territorial. La experiencia traumática fundamental tiene que ver con una deprivación afectiva materna que conduce a un estado

de desesperación profunda, un sentimiento de no ser querido. El sentido de soledad y carencia profunda —una vivencia esencialmente depresiva— se transforma en un sentido de incapacidad e inferioridad en la competencia por el territorio o para la conquista de la pareja. Así, nos trasladamos desde el sistema del cariño, la calidez y la afectividad hacia el sistema reptiliano, relacionalmente frío pero capaz de generar el impulso entusiástico de la conquista del territorio y del dominio de la pareja.

Las emociones positivas que emergen de la zona reptiliana del cerebro tienen que ver con una auténtica fuerza maniática caracterizada por el entusiasmo, por una firme confianza en las propias capacidades y en las propias percepciones, por una tendencia al arrebato y por un sentido determinado del brillo de objetivos que el estado maniaco hace percibir como al alcance de la mano. El calor de las sensaciones positivas, agrandadas por la preminencia del comportamiento visceral, toma el lugar ante la falta de una verdadera intimidad en las relaciones, donde existe una profunda devaluación afectiva. La devaluación y la consiguiente depresión se traduce en distanciamiento a través de sentimientos de indiferencia y odio, de modo que es habitual cierto alejamiento autista en las relaciones afectivas, acompañado por una actitud desdeñosa y despreciativa. Así como un niño demuestra normalmente una actitud de rabiosa indiferencia en relación a la madre que se alejó por un largo periodo, igualmente, el corazón mamífero del dos social se distancia de la relación afectiva. De hecho, en el fondo de la profunda herida de cariño del dos social existe un núcleo de desesperación que, al ser reactivado, produce un enfriamiento de la potencialidad relacional, una frialdad que se transforma en indiferencia y en desinterés emotivo. Igualmente, la manía erótica conduce a una actitud constante de seducción sexual, otra fuente de calentamiento ante el vacío de calor materno.

Un importante cambio terapéutico en el dos social ocurre cuando deja de tratarse a sí mismo como un neurótico y comienza a notar el daño que es capaz de hacer a los demás: esto significa descubrir la propia *naturaleza criminal*, como la llamó Fritz Perls. En mi propia experiencia, dediqué muchos años de terapia a buscar las causas del sufrimiento y a tratar de aumentar siempre mi bienestar y mi fuerza. Cuando descubrí mi capacidad para herir a los demás cambié de dirección y comencé a preocuparme más de lo que les hacía a los otros con el objetivo de aumentar mi bienestar y mi fuerza. El estudio de mí mismo dejó de consistir en la búsqueda de mis debilidades y se convirtió en el análisis de cómo en me comportaba de manera poco limpia con los demás y de cómo actuaba inconscientemente como un explotador.

Fritz Perls separó a las personas en dos simples categorías: los neuróticos y los «criminales». Los primeros son los que tienden a poner las propias necesidades en segundo plano para satisfacer las de los demás, los segundos presentan una impostura de base contraria: se dirigen directamente hacia los propios objetivos, dejando en segundo plano los de los otros. Aunque en cada persona existan ámbitos de la vida donde prevalecen una u otra de estas dos actitudes de fondo, es determinante comprender cuál es la estructura prevalente que domina nuestra conducta.

Un neurótico puede aprender toda una series de habilidades que le ayuden a autoafirmarse, integrar la culpa, soportar el peso de la soledad y desarrollar capacidades de diferenciación y de liderazgo. Los neuróticos tienden a la sumisión, por lo que desde la terapia es necesario ayudarles a desarrollar la capacidad de afirmar la propia territorialidad y dominio a fin de restaurar su equilibrio interior y de volver ética su relación con los otros. Frecuentemente, para poder cumplir estos pasos terapéuticos es necesario que las personas estudien las heridas de

su infancia y las sanen para recuperar fuerzas perdidas, de modo que puedan experimentar el camino de volverse independientes y asertivos.

Por el contrario, quien presenta una estructura de carácter criminal tiende a imponer sus propias reglas a los demás de forma implícita o explícita. Una estructura criminal con carácter agresivo se impone a través de la fuerza; quien, al revés, tiene un carácter manipulador, consigue el mismo objetivo gracias a instrumentos de control menos visibles. En la relación con los demás la estructura criminal tiende a desequilibrar en favor propio la compensación entre dar y recibir. El cambio terapéutico para estas personas consiste en darse cuenta de cómo tienden a ocupar una posición de poder y de control sobre los otros y de cómo intentan sacar ventaja sobre los demás.

Un primer cambio concierne al desarrollo de la comprensión empática hacia el prójimo. A un dos social le sirve desarrollar el sentido de culpa, así como tomar conciencia de que sus acciones amenazan su pertenencia y de que corre el riesgo de ser excluido. Le sirve también dejar de encontrar buenas justificaciones para cada acto no ético cometido. Un cambio en este sentido consiste en desarrollar la capacidad de recibir críticas y desnudar sus motivaciones profundas.

Cada *criminal* —nos dice Perls— posee una vida secreta y una vida de cobertura, que muestra a los otros y que representa una cara social aprobable para evitar las penas de la ley. En las estructuras criminales existen toda una serie de intenciones escondidas, vividas en secreto e invisibles a los otros.

La intención secreta del dos social consiste en hacerse adorar, en alcanzar el poder y el éxito individual. La fachada social, por el contrario, consiste en mostrarse cálidos y relacionales, dispuestos a ayudar en modo magnánimo y fiel.

Un cambio importante consiste pues en hablar honestamente, revelando las propias intenciones egoístas, confesando las propias acciones no éticas y mostrando las propias partes de profunda vulnerabilidad.

Así como hablar de manera abierta a los demás supone un modo eficaz de mostrar las piezas secretas del ego, pedir y aceptar *feedbacks* profundos y hacer el esfuerzo de comprenderlos se traduce en un abrirse a ver los efectos que las propias acciones causan a los demás.

El contraste entre la realidad de los *feedbacks* y las propias ideas en relación a las propias acciones caracteriales evidencia por diferenciación las justificaciones y la locura que sostiene a la pasión. El derrumbe de los pensamientos justificatorios abre a la posibilidad de ver con mayor lucidez la realidad de las propias acciones y muestra a la conciencia la motivación pasional a la que está sometida. Solo entonces el dos social se permite descubrir sus verdaderas intenciones, ocultas a la conciencia gracias a las justificaciones. A partir de esta percepción puede nacer por fin un sentido inicial de culpa y la posibilidad de desarrollar la capacidad de percibir empáticamente el otro. Estos tránsitos, con el tiempo, tienden a favorecer un desarrollo ético donde la tendencia a ponerse por encima se apacigua y se abre sensiblemente a las verdaderas necesidades del otro.

En mi experiencia, me fui dando cuenta de que muchas de las emociones que sentía eran, en realidad, emociones narcisistas. Entre ellas, destacaré la manía territorial y la manía del protector, el deseo exhibicionista y el deseo erótico-sexual de conquista. Estas emociones narcisistas son exaltadoras, fuertes, agradables, y sobre todo son capaces de engendrar una barrera emotiva *positiva* ante las emociones de dificultad vividas por el organismo. Bajo una estructura narcisista como la del E2 social

hay un organismo que sufre, sea a causa de las heridas y las emociones alteradas de la infancia, sea por la falta actual de conocimiento y satisfacción de las propias necesidades, debida a la inversión de casi toda la energía en mantener los procesos narcisistas. En otras palabras, el organismo que soporta las heridas y las faltas de la infancia termina viviendo situaciones emocionales carenciales crónicas en el presente de la vida adulta. En cuanto a la conciencia, no la considera y no la ve en la medida en que no considera ni ve las necesidades y emociones de otras personas: el orgulloso tiene tan poco en cuenta el corazón de los demás como el suyo propio.

En el caso de la manía territorial y de la manía genitorial —es decir, de situarme en el rol del padre—, la sobreestimulación de estos componentes viscerales me lleva a experimentar una sensación de omnipotencia y de superioridad, acompañada por un sentido de inviolabilidad y por la completa ausencia de necesidades de relación.

La manía territorial procede de un sentido de la lucha por el poder y de la sensación de dominación. Este engaño perceptivo sirve para luchar contra el común miedo al dolor, y se ve reforzado por el éxito territorial que, en efecto, suele conseguir el dos social. Mi gran fuente de alimentación de tal manía era mi gran empeño en el trabajo, donde por un lado había cosechado éxitos y por el otro había desarrollado una dependencia que los americanos suelen llamar *workaholism*.

El mecanismo de activación de la manía territorial tiene algo que ver con el desafío competitivo: existe otro hombre, real o simbólico que acepta el desafío y que real o simbólicamente es vencido, lo que se traduce en un refuerzo del estado excitado y omnipotente de la manía. Otro potente alimentador de la manía territorial era la tendencia a desafiar la muerte y a sentirme omni-

potente practicando deportes de riesgo: motocross, paracaidismo, ala delta, artes marciales...

Otra gran fuente de alimentación era relacional: me rodeaba de personas menos capaces, menos desarrolladas, dependientes de mí, de modo que pudiera ganar continuamente en una competición secreta disfrazada de un *buenismo pseudocompasivo* del cual hablaré enseguida. Esta competición secreta e interior tenía el objetivo de estimular hasta el infinito la manía territorial. El efecto que esta actitud evoca en los demás es devastador y se traduce en un lento y crónico sentido de desvalorización que envenena las relaciones con las personas alrededor del dos social, que llegan a ser dependientes y adorantes. Todo esto tenía el secreto fin de esclavizar al otro, sujetándolo a mi voluntad.

Un ingrediente de esta estructura consiste en la tendencia a creer ciegamente en las propias ideas y mapas cognitivos, y enunciarlos con tal sentido de certeza y de verdad que se obtiene un efecto seductor poderoso con las personas débiles e inseguras. Otro modo de seducir consiste, como ya he señalado, en disfrazar esta competición secreta de pseudocompasión. La estructura que se activa en el cerebro en este caso es la manía genitorial. Cada mamífero cerca de un hijo o de un cachorro experimenta un sentido omnipotente de amor y generosidad que sirve para superar las dificultades y la fatiga de un difícil deber biológico. En el caso del deseo exhibicionista y de la pulsión erótico-sexual, la emoción narcisista engendrada por el dos social promueve la construcción de una imagen idealizada de *sí mismo* como vencedor, bello y deseable. En sus relaciones, predomina la búsqueda de confirmación, lo que además le sirve para alimentar un permanente estado de excitación. El deseo exhibicionista podría ser metafóricamente explicado como la percepción de ser el protagonista de una película que los otros miran con placer y que genera envidia y sentido de imitación.

El deseo erótico-sexual, en cambio, activa la sexualidad y el enamoramiento en la búsqueda de un intenso calor emotivo que, de paso, sea capaz de ofrecer un fuerte sentido de la invulnerabilidad, la autoimportancia y el valor. El exhibicionismo se alimenta mediante exposiciones públicas donde sea posible capturar la atención y el aplauso. En cambio, las experiencias que alimentan el deseo erótico-sexual son, por un lado, los contactos reales con el otro sexo, y por el otro una forma particular de imaginación donde la búsqueda de la estimulación es continua: a veces, medio en broma, he oído decir que el dos social posee una mente pornográfica. Esta imaginación exacerbada es una forma de droga, semejante al trabajo compulsivo o a la búsqueda de desafíos territoriales competitivos, que permite alimentar al infinito la estimulación del deseo erótico a fin de engendrar emociones agradables.

Lo que va quedando atrás

Mi propia historia es la de un largo trabajo de conciencia y de atenta escucha a los feedbacks que me regalaban los demás para darme cuenta de mi dependencia del trabajo y de mi sentimiento de superioridad en mis relaciones personales. Luego de haber alcanzado esta comprensión, comencé un proceso de desintoxicación que indudablemente pasa por tomar contacto con un dolor organísmico que no conocía claramente, pero que había experimentado ya en momentos de crisis. Solo después de algunos años logré modificar concretamente mis costumbres profesionales, también gracias a una gran inyección de fuerza relacional y amorosa recibida durante una experiencia comunitaria de un mes con Erving Polster.

Al ir dejando atrás la dependencia del trabajo entré en un estado depresivo leve pero sostenido en el tiempo, y solo después de meses me di cuenta de que mi herida más profunda estaba relacionada con el sentimiento de pertenencia, con la relación con mi madre y con el grupo de amigos, con el pánico y con la desesperación afectiva. También me llevó algunos años elaborar las pérdidas traumáticas padecidas a lo largo de mi vida, en las que con anterioridad no me había detenido. El objetivo de este trabajo era restablecer la función del vínculo afectivo.

La dinámica de superioridad, la necesidad de competición, la indiferencia debida a una desesperación oculta, la necesidad individual de gloria y de adoración, se oponen, en el dos social, a la posibilidad de relacionarse como un igual con el prójimo. Toda la estructura narcisista del rasgo se funda sobre la negación de las emociones del otro, sean debidas a la relación particular con el orgulloso o debidas a eventos independientes; de igual modo, también se le niegan al otro sus necesidades, que no aparecen como importantes en el teatro de la conciencia del individuo orgulloso. Los deseos narcisistas personales, de hecho, conquistan siempre los focos y dejan en la sombra las necesidades y las emociones ajenas.

La práctica de la relación yo-tú de Buber representó para mí un verdadero tratamiento para la trampa narcisista. La clave para acceder a este nivel me la regaló Paolo Quattrini. Consistía en preguntarle a la gente qué pensaba que sentía por ella, además de revelar a los demás los sentimientos que mi corazón albergaba por ellos, y por último preguntar y escuchar con verdadero interés qué sentían por mí. Esta tarea, que puede parecer banal, en realidad resulta muy difícil para quien está afectado por un narcisismo tan grande.

Entrenarse en escuchar qué siente uno por las personas, es-

cuchar esos sentimientos, así sean vulnerables o fuertes, preocuparse de percibir lo mismo en los otros, son tareas que ayudan a desplazar el punto de vista de la conciencia desde la vida narcisista a la vida organísmica.

La metáfora que podría ser utilizada es la del rey que vive en un castillo aislado del pueblo. El rey es la conciencia, el castillo es la estructura narcisista, el pueblo son las necesidades organísmicas. La vida narcisista se desarrolla entre comodidades y juegos de poder en el castillo donde el rey se dedica a sus vicios rodeado por una corte que lo adora, mientras que el pueblo es tratado injustamente y explotado para permitir a la corte vivir rodeada de comodidades. Practicar una relación dialógica consistiría en hablar con el pueblo para poder entender sus necesidades y dedicar el trabajo de la corte a la satisfacción ética de las mismas. Durante años, he experimentado con gran dificultad la puesta en práctica de una relación dialógica con mis pacientes, para poderla integrarla y, más tarde, poco a poco, lograr exportarla a mi propia vida. El efecto que obtuve fue el de sentirme finalmente conectado con las personas en un plano de paridad en que me podía permitir demandar y ofrecer, rechazar y aceptar, ser aceptado o rechazado. De hecho, he experimentado el poder sanador que ofrece el intercambio entre iguales.

Salir de la anestesia

Una vez puesta en discusión esa primera ilusión del ego que engendraba emociones narcisistas, empezó para mí un camino de contacto con las emociones organísmicas. El proceso consistió en aprender a reconocer emociones que desde hacía muchos años venían siendo encubiertas y anestesiadas por el sentir narcisista.

Todas las emociones negadas pertenecían a la categoría que podríamos llamar vulnerabilidad: vergüenza, pánico, desesperación, resignación, culpa, autodevaluación, desconfianza, celos, envidia... Me di cuenta de que aún no sabía darle nombre a las emociones de dificultad que sentía. En ello me fue de gran ayuda la confrontación con amigos emotivamente más inteligentes y expertos que yo. En vez de esconder mis emociones bajo la acostumbrada fachada de líder omnipotente, comencé a mostrarlas a personas por las que sentía confianza y cuya capacidad para dar nombre a las emociones me permitió ponerle cara y ojos a mis dificultades. De paso, comencé a comprender y recuperar el lenguaje perdido de mi organismo. Tal como afirma Gedling, aquello fue como empezar a relacionarme y a dialogar con una parte de mí que no conocía y que empecé a relacionar con una actitud de cariño, contención y firmeza. El paso siguiente consistió en la comprensión de las necesidades de las que hablaban estas emociones. También comencé a utilizar mis capacidades, comúnmente desperdiciadas para aumentar mi poder profesional y personal, para cuidar de esas necesidades. Con el tiempo descubrí que en ellas se hilvanaba la trama de mi historia afectiva, personal y familiar, y que varios de los momentos más dolorosos de mi vida eran nada más que un eco, una repetición de aquellas heridas primigenias.

Así, empecé a trabajar sobre mí mismo en dos direcciones principales: la primera consistió en desarrollar unos antídotos existenciales para calmar estas emociones, tal como una madre calma la angustia de un niño con un acto de contención y amor; la segunda fue sanar una a una las heridas que hacían tan fuertes y reincidentes mis emociones. En este largo proceso, todavía sin terminar, me di cuenta experiencialmente de hasta qué punto yo mismo era el responsable de mis estados emotivos, y de cuán arraigados estaban en mi historia emotiva.

Las emociones que aprendí a reconocer, modular y sanar no pertenecen a un único nivel, sino que se diseminan por todos los estratos de la psique y el cuerpo. Como en los diversos infiernos de Dante, algunas emociones son más superficiales y más fáciles de contactar y modular; otras pertenecen a los estratos más profundos del ser, y entonces son más difíciles de reconocer y de administrar.

En mi experiencia, el estrato más profundo es la desesperación afectiva, luego el pánico y, encima de este, la resignación. En un estado todavía más superficial se encuentran los celos y la envidia, luego la vergüenza y la desconfianza, y al fin en el estrato más superficial de todos: la autodevaluación y la culpa.

Cada una de estas emociones me pareció ligada a particulares experiencias personales o familiares que quedaron grabadas en mi mundo interior y que tenían que ser cuidadas o puestas en orden para poder relegar las emociones a su funcionamiento natural y desinflarlas de su excesiva activación, tan desorganizadora para la conciencia.

E2 SEXUAL: CONQUISTA

El dos sexual es el E2 por excelencia, pues si decimos que este carácter es un seductor, podemos agregar también que el dos sexual es el *más visiblemente seductor de todos.*

En la cultura americana del eneagrama es más común decir que el dos es un «ayudador», en vista de mi caracterización del E2 en los años 70 como una «madre judía», pero ello tiene el inconveniente de una falta de discriminación respecto a la diferencia entre un carácter verdaderamente ayudador y uno que más bien busca el afecto y el reconocimiento a través de la amabilidad.

Se trata de personas que pueden decir: «haré cualquier cosa por ti», pero cuando llega la oportunidad de cobrarles tal ofrecimiento, se hace evidente que son incongruentes con sus ofertas de ayuda. Por eso me parece más exacto decir que el tema central es la *seducción* (es decir, una expresión de afecto a través de la que se pretende interés, lealtad, afecto, protección, etc., de los demás), y solo aparentemente la ayuda.

El término *vampiresa* demuestra mucho, y también la expresión *femme fatale*. Ambos hacen referencia a una persona hermosa, pero de una belleza peligrosa, que necesita tenerte agarrado y podría terminar devorándote.

La necesidad de seducir de los E2 sexuales implica una necesidad del deseo del otro; Pero decir que el deseo es solo sexual sería ver únicamente lo más aparente; al investigar el asunto preguntándoles a tales personas lo que quieren, se pueden recibir respuestas más originales, como: «lo quiero todo». Así como pensamos en Elena de Troya como en un arquetipo de la mujer por la cual se hace una guerra y por la que los hombres están dispues-

tos a perder sus vidas, podemos decir que las E2 sexuales aspiran a una irresistibilidad que puede llegar a inspirar las mayores pasiones. Solo que la mayoría de estas personas no alcanzan a ser lo suficientemente honestas como para decir: «lo que quiero realmente en el hombre es que sea un Sansón de bolsillo», o «quiero un gigante que me dé todo lo que quiero y cuando lo quiero».

Se comprende que haya gente que piense que inspirar una gran pasión pueda ser una manera de solucionarlo todo en la vida, y que la sexualidad puede implicar dinero, castillos y esencialmente cheques en blanco: así piensa el dos sexual.

La transformación en el E2 sexual
por Consuelo Trujillo

Este trabajo está inspirado en los testimonios escritos y en las transcripciones de las reuniones que durante tres años, de una manera continuada aunque irregular, mantuvimos un grupo de personas del eneatipo 2 sexual, convocadas por una propuesta de Claudio Naranjo para profundizar en el subtipo. También he tenido en cuenta la aportación de Alba Arenas, psiquiatra italiana y compañera de rasgo. El grupo de doses lo integraron: Pablo Caño, Rosa López, Enrique Pérez, Leda Luttman, Toni Aguilar, Ángel Saavedra. Pasqualle Centro, Magda Martín y yo misma. Todos ellos han contribuido con sus testimonios (que se reproducen en las siguientes páginas), con sus preguntas y con su presencia en las reuniones.

Le oí decir a Claudio más de una vez que «muchos doses no llegarán nunca a un camino espiritual o a una terapia sino a través de una crisis de relación. ¿Por qué se va a cuestionar a sí misma una persona tan estupenda si no es que le falla el apoyo o la confirmación externa?» Esta reflexión ha sido guía e inspiración de este trabajo, de mi proceso y del proceso de muchos.

El camino de sanación de un dos sexual es de bajada, pero este descenso tiene muchas capas porque el orgullo y la seducción pueden fácilmente camuflarse, disfrazarse, aparentar buenas intenciones.

La justificación del amor es peligrosa

Un dos sexual puede justificarse a sí mismo muchos actos, palabras, locura, destrucción y egocentrismo en pos del amor. Como

si el amor fuese la única emoción, el centro de la vida, esa experiencia que lo justifica todo...

Esta persona se ha formado una imagen de sí misma como alguien deseable, querible, afectiva, cálida, una buena compañía, una persona que ocupa el corazón de los demás. Así, justifica todos sus actos en pos de la amorosidad. Pero este amar se confunde con gustar, encantar, seducir, atraer, ocupar siempre ese lugar especial por derecho propio.

Nos dice un testimonio:

«Creo que al principio los doses no amamos: nos amamos, y amamos el amor, esa sensación fuerte, intensa, profunda, en la que uno es muy protagonista y muy deseado. Amamos la magia del enamoramiento. No vemos al otro. No es amor, es endiosamiento».

Este ser no puede ser cuestionado. Este ser no puede ser tocado, porque está en un lugar muy alto, del lado del amor. Por lo tanto, es incuestionable. Entonces, solo saldrá de su encantamiento, de su endiosamiento, de su imagen idealizada, cuando su ser amado lo abandone, cuando viva el fracaso amoroso, la ruptura de la pareja, el abandono de los hijos... la Caída.

Perder el amor: la Caída me ayuda

Pero este ser evita muchas veces tal vivencia del abandono, del fracaso amoroso, abandonando antes de que le abandonen. De modo que el primer paso para la sanación es no abandonar, ser vulnerable al abandono, quedarse. El siguiente es sentir el abandono, escuchar las causas de ese abandono, poder oír que no es el maravilloso amante que creía ser, que no es el único, la única. Caerse del guindo. Que duela. Sentirse del lado de los que sufren, de los que no son elegidos:

«El abandono, que me abandonen, ¿cómo es posible que a mí, que soy la amante ideal, me dejen? Así se derrumbó una gran torre de mi orgullo. Mi pasión neurótica me alejaba del amor».

Otro testimonio afirma:

«Me hice orgullosa para no perder el amor. La vida me fue despojando con sus golpes de ese sentimiento de superioridad que el orgullo me había ayudado a crear. Caer fue importante y las caídas siempre tuvieron que ver con experiencias de abandono».

A alguien que se aprecia tanto como amante le conviene perder el amor —ese don tan preciado, por el que tanto ha luchado y en el que tanta energía ha puesto— para poder percibir los huecos, la falsedad, la sombra, la caída de la imagen idealizada y, por fin, verse. Sostener que el otro destruya tu imagen idealizada de esposa, amante y compañera. Y caer a ese vacío, a ese espacio desconocido de la responsabilidad, de la pérdida, del «yo también soy eso». Y caer hasta que se desmorone la imagen. Vivir la soledad, el miedo, el fracaso.

Esta experiencia de pérdida del amor también puede ser una liberación: dejar de interpretar el papel de amante ideal, dejar esa imagen de sobreabundancia, esa representación en la que siempre se está atento a percibir las necesidades del otro, dejar de hacerse merecedor del amor. Soltar la creencia de que para ser amado tengo que hacer, tengo que ser especial, única.

He aquí un claro testimonio al respecto:

«Sentirme amada por lo que soy, porque sí, ha sido de las experiencias más sanadoras. Dos ejemplos de ello:

»Con mis padres, cuando les dije que me casaba con X (una persona de mi mismo sexo): fue la primera vez que podía estar ante ellos con toda mi verdad, sin tener que hacer nada para que me amaran. Esa noche vino mi madre a desearme buenos sueños,

me abrazó y me dio su bendición, y sentí que algo que había estado separado se unía para siempre, un calor muy fuerte llenó mi corazón y dormí tan profundamente como cuando era una niña. Sentir el amor y la aceptación de mis padres a todo lo que yo era me lanzó a la vida con una fuerza nueva y llena de amor hacia mí misma.

»Después de un trabajo de regresión en un SAT 3 quedé tirada en el suelo como un trapo, me faltaba la vida, no podía moverme, tuve la sensación de ser el ángel caído, de estar muriéndome. En ese momento vi a Claudio como a un gran patriarca que se acercaba y, desde las alturas, descendía a mí, que estaba muriéndome en el infierno. Él me incorporó y me dijo: "Yo te quiero como eres, por ti misma". Se me abrió el corazón. Si el maestro me amaba así, despojada de toda seducción, sin ningún atributo de belleza, poder e inteligencia; si el maestro me amaba siendo yo una criatura desposeída de todo, hasta del impulso primario de vida, ¿qué podía hacer yo, qué otra prueba de Dios esperaba para sentirme digna de su amor, inclinarme ante él y reconocerme hija suya?»

La limitación, la debilidad, el contacto con la muerte me ayuda

Para alguien que se siente el elegido, que vive sintiendo que las dificultades de la vida no le rozan, que puede con todo, para alguien que no acepta límites, el contacto con el dolor, la enfermedad y la muerte son antídotos necesarios para su sanación. En nuestra reunión de doses sexuales hemos dedicado mucho tiempo a hablar de esto y todos hemos tenido experiencias transformadoras con la enfermedad y con la muerte:

«Me ayudó a conectar con esa parte oscura la muerte de mi

hijo, conectar con ese dolor. Esta muerte fue un desgarro que no me permití vivir. Pasar por encima de este dolor ha sido muy enfermizo. Mi escapada del dolor y mi huida hacia delante me ha llevado a hacer muchos destrozos en mi vida.

»Lo que más me ha ayudado es ir tomando conciencia de mis miserias, darme de hostias, quedarme en el paro, sentirme abandonado, verme casi en la indigencia, en la impotencia. Ha tenido que ser así, por desgracia, para empezar a escuchar y ver al otro, para empezar a ser humano, del montón. Aceptar mi mediocridad».

Otro testimonio añade:

«Me ha ayudado mucho en esta época el hacerme cargo de mi limitación. Yo nunca he podido escuchar lo de mi pierna, siempre me he puesto por encima: "yo no soy cojo, soy cojonudo". A nivel interno no llevo bien mi cojera porque me pone en contacto con el dolor.

»Ahora la edad me hace escuchar el límite de mi cuerpo; antes no: mi energía era desbordante. Ahora conecto más con el miedo, con el dolor, con la necesidad de apoyo».

Y, uno más, aporta:

«El día que salí del quirófano se me vino un pensamiento: "no soy inmune". Internamente, existía en mí la creencia de que las enfermedades no me iban a tocar. En mi fantasía, yo creía que no estaba de este lado, del lado de los vulnerables, de los débiles, de los que necesitan.

»También me vino un "no puedo controlar mi vida". La enfermedad me quita el control, me está ayudando a bajar, a sentirme más indefensa, más humana.

»Los días que no podía hacer nada, me tenían que ayudar a todo, y empecé a entender algo más de la entrega, del abandono, de la experiencia de estar en manos de los demás. He sentido un

vacío de madre, de amor incondicional, me he permitido no hacer nada, abandonarme a ser cuidada, sin agradar ni portarme bien, simplemente existir. Suzy Stroke me dijo: "déjate cuidar porque sí y recibe el don de Dios porque sí"».

Si no ocurre algo muy fuerte que nos haga contactar con el dolor, no hay sanación para los doses: como le escuché muchas veces decir a Claudio, el dolor es lo realmente curativo.

Ver mis limitaciones me ayuda

Comienzo citando algunos testimonios:

«Una vez tomé ayahuasca y tuve una visión con el arcángel San Miguel, y le dije: "arcángel, soy una persona normal, con mis hijos y mi trabajito, estoy bien". En otro momento habría reaccionando con algo como: "yo voy a salvar el mundo, estoy iluminada".

»Durante la sesión me llevaron a una cama y tuve conciencia de que tengo 56 años, de que no puedo estar aquí como si tuviese 20, que es lo que hago normalmente. Aceptar que ya no tengo la fuerza de antes y que mi cuerpo ya no aguanta más, y decir: "bueno, está aquí el arcángel San Miguel, pero no puedo". Y sentir tranquilidad».

«El contacto con la enfermedad me ayudó mucho a entender que no soy nada especial y a quitarme ese lado en el que me sentía por encima del bien y del mal. Con 17 años empecé a estudiar enfermería. Era buen estudiante, pero me costaba mucho trabajo ir al hospital a estar con los enfermos, a ver que se morían. Empecé a darme cuenta de que yo también podía estar ahí, a verme en el otro lado de la cama. Fue ese contacto con la enfermedad, con la soledad de los enfermos, con los que se

mueren solos, lo que más me ha ayudado a bajar, a considerarme uno más y a entender que yo también me puedo ver ahí».

«Con la enfermedad se me apareció un pensamiento muy antiguo: "yo tengo que pagar por la vida". "Dios me ha dado la vida y yo tengo que pagar por ella haciendo, dando"... Hasta que pude ver que la vida es un regalo. ¡Qué omnipotencia, quién soy yo para poder pagarle la vida a Dios! Es un regalo, y lo único que puedo hacer es honrarla».

En el contacto con la enfermedad, con el dolor, con la muerte, nos damos cuenta de que no somos especiales, de que compartimos la mortalidad con el resto de los seres humanos. Cuando un E2 sexual se entrega a esta experiencia, hay una sensación de haber vuelto a casa, de encontrase con su verdadera existencia.

Por fin, llega la posibilidad de sentir la compasión, de abrazar mi fragilidad, mi dolor, mi carencia, mi debilidad... Solo en la compasión se encuentra la verdadera fuerza.

El contacto con la verdadera necesidad y la aceptación de la carencia me ayuda

Hay todo un camino que recorrer para este rasgo y subtipo hasta poder tener en consideración que no es malo necesitar, que es humano carecer. Ello implica reconocer el valor del otro sin que eso suponga menospreciarme a mí misma, poder reconocer que el otro es mejor que yo en tantas cosas...

Es sanador bajar al E4, dejar de aparentar por fin que no nos falta nada, reconocer que tenemos carencias. Admitir ese sentimiento tan temido, tan calificado como negativo, tan evitado. Y aceptarme con mi sombra. Bajar del altar para ser uno más entre

los pecadores, reconocer que no estoy libre de pecado. Verme en el pecado y en la virtud.

Pero ojo, que el gran problema del E2 sexual puede ser el creerse curado, superado, sanado. Y entonces de nuevo hay que comenzar a desenmascarar otra nueva imagen...

Porque la transformación empieza por saber que la transformación absoluta no llega nunca, que uno no está libre de pecado nunca, que no somos solo ángeles sino también demonios, que no dejamos nunca de aprender, de equivocarnos, de sufrir, de perder, que todo ello es parte de la vida, que no existe el ser inmune a la carencia.

Y es bueno sentir la necesidad:

«La creencia de que no puedo necesitar, el tabú hacia esa palabra, el miedo a depender, me viene de más allá de mi infancia... Y ahora necesito deshacer ese mandato, descubrir de nuevo esa experiencia: la necesidad primigenia que es lícita, que es humana, que me acerca a los demás».

Este carácter ha falsificado toda su vida tal necesidad primigenia, transformándola en falsas necesidades, caprichos, en darse el derecho de hacer lo que le da la gana, en no pedir y tomar por derecho propio, en exigir, en dar por hecho... De nuevo, el camino consiste en la frustración de esas falsas necesidades para ir al encuentro de la verdadera necesidad.

Querer verme, poner conciencia, me ayuda

Lo más costoso es reconocer cómo seducimos de mil maneras diferentes, cómo justificamos la seducción, cómo echamos el hilo y no lo soltamos, por ese ansia de tenerlos a todos, de gustar, de ser deseada, de mantener esa excitación en las relaciones,

de sentir la atractividad... ¿Cómo desenredar ese juego seductivo que está tan pegado a nuestra piel, que ejercemos de una manera tan inconsciente? Ayuda cuando la persona que amas te dice que no puede confiar en ti, que se acabó. Pero tiene que ser alguien que amas de verdad, alguien que pueda desarmarte desde el amor y la sinceridad. Ahí se empieza a desmoronar la máscara y empieza poco a poco a salir a la luz ese mecanismo que tan fuertemente estuvo oculto hasta para uno mismo. Es como quitar capas y capas. Hace falta mucho tiempo, sufrir mucho, amar mucho, querer conservar mucho a alguien, hace falta abrir de verdad los ojos a esa motivación interna seductora, mentirosa, manipuladora, querer ver la falta de respeto hacia el otro, el egoísmo y el egocentrismo, querer ver la sombra, reconocer que no todo en mí son buenas intenciones, que detrás de la inconsciencia hay una intención de no dejar escapar, de caza, de conquista...

«Suzy Stroke me dijo un día: "si quieres conocerte de verdad, si pones toda tu voluntad y tus sentidos, verás el mecanismo de tu seducción y de tu orgullo". Y es cierto: lo puedo ver cuando quiero verlo, y puedo ver sus consecuencias sobre mi vida.... Pero claro, eso es doloroso».

Desapegarme de la emoción me ayuda

Lo destructivo es una reacción neurótica ante la frustración. No consigo lo que quiero, me duele, pero es un dolor egoico, ligado al orgullo, al no aceptar el «no». Entonces, aquí podemos tener una conducta muy destructiva hacia nosotros en lo referente a la alimentación, al cuerpo, la sexualidad. Percibimos el «no» como retirada del amor, y si el otro no me quiere, no merece la pena

vivir. Adentro, hay un sentimiento de furia, de rabia, que enseguida emocionalizamos hacia el llanto. Incluso puede ser creíble para nosotros, puede parecer dolor verdadero, pero es escena, es ego. El dolor tiene otro sabor, otra profundidad.

¿Cuál es la salida sana? A veces uno empieza a darse cuenta de que este comportamiento no es tan verdadero y no surte los resultados esperados en el otro. Entonces intento reprimirlo...

En mi experiencia, puedo decir que la represión tampoco es el camino. El camino —al menos uno posible— es respirar lo que siento, al modo de la meditación, observarlo como si no fuera mío, atravesarlo, ser un poco descreída conmigo misma, no tomar tan en serio mis emociones. Es algo así como soltar la intensidad emocional, desapegarme.

Para el siguiente testimonio, lo que sirve es:

«Entrenarme en ser más descreída con mis emociones, disolver el torbellino emocional y ser más austera. A mí me ayuda callar, no hablar, y poner mi atención en mis actos. Hechos son amores y no buenas razones».

¿Cómo curarse de la falsa generosidad?

La idea loca es que tengo que dar para recibir, que tengo que satisfacer todas las necesidades del otro, que no puedo decir que no por miedo a decepcionar. En el fondo existe la creencia de que por mí misma, sin hacer nada, no soy digna de amor, pero creo que lo más fuerte es la necesidad del orgullo de ser excepcional para el otro.

Y en este dar no vemos las necesidades reales del otro: hay un atropello, un exceso de generosidad sin sentido porque no parte de lo que el otro necesita o me pide, sino de lo que yo le quiero

dar o de lo que yo creo que es bueno para él, que muchas veces coincide con lo que es bueno para mí.

El camino se abre si al sentirme frustrada por el otro puedo resistirme a la primera reacción orgullosa de irme, ofendida, y consigo permanecer y escuchar que quizás el otro no quiere o no necesita lo que le quiero dar. Y también ayuda el reconocer que no he percibido ni escuchado la verdadera necesidad del otro al estar cegada por mi excesiva dadivosidad.

¿Cómo poder palpar que el exceso de disponibilidad —esa sobreabundancia, ese estar muy presente en la vida del otro— no es más que pecado de omnipotencia?

«En una experiencia de meditación profunda pude ver hasta qué punto estoy empeñada en sostener el mundo, en ayudar a todos... Cuando de pronto me doy cuenta, pienso: ¿quién soy yo para sostener el mundo? El mundo ya lo sostiene Dios».

La humildad, tomarle gusto a ser pequeño, me ayuda

En el E2 sexual, la seducción es sexual porque tiene un fuerte componente de querer atrapar al otro, poseerlo... Pero este ansia no se limita al sexo, que solo es la primera capa. Si seguimos profundizando, podemos ver y sentir el mecanismo seductor que está presente en el afán de ayudar, en la bondad, en las buenas intenciones, en la santidad... La seducción y el orgullo crean una imagen de persona incuestionable; alguien que no deja ver su oscuridad, sus malas intenciones, alguien que tiene mucha dificultad en mostrar su carencia... ¿Entonces? Hace falta ir muy a fondo para poder ver que lo que hay detrás de esta imagen que presentamos es una crítica feroz, un juez condenatorio de lo que podemos llamar *sentimientos negativos*. El camino no es rechazar-

los, sino verlos, comprenderlos, tomarlos: «yo también soy eso», hasta caer en la pequeñez, en la humildad.

«Es bueno para mí inclinarme, arrodillarme, sentir mi pequeñez, la grandeza de Dios, de la Vida, de los que me rodean, reconocer sus virtudes...».

Hay que tomar con humildad las relaciones personales. Acostumbrase a ir por detrás de mi impulso dador. Aprender a no ofrecer más de lo que se puede dar. Modestia: esta es una palabra inspiradora para el dos sexual.

Tomo una cita de Alba Arenas, extraída de su trabajo autobiográfico sobre la transformación:

«Para que se pueda dar un cambio, creo que aquellas heridas del ego que el dos sexual más teme son precisamente las que se pueden convertir en potenciales recursos transformadores, ya que ayudan a resquebrajar el orgullo. En este sentido, si la soberbia cede, la humillación va dejando paso a la humildad. Para que eso suceda, se necesita que el sujeto acepte las oportunidades que la vida cotidiana le ofrece para responsabilizarse, aquellas simples tareas que la existencia propone, con una actitud de aprendizaje y con la capacidad de aplazar la gratificación. Creo que, en este eneatipo, la humildad se puede manifestar desarrollando una tendencia a ponerse un tono por debajo respecto a cómo ha sido siempre, aunque por otro lado mantenga aquella pizca de orgullo sin soberbia que sostiene la dignidad personal, la capacidad de crítica y ese sentido de justicia hacia sí mismo totalmente diferente a la autoindulgencia.

»Poder aceptar que lo que me trae la vida y agradecerlo profundamente es suficiente».

La verdadera libertad

¿Cómo puede ser libre de verdad alguien que aparenta tanta libertad, alguien que se muestra al mundo revestido de una falsa espontaneidad, alguien que justifica sus actos en pos de su derecho a ser libre? No puede haber verdadera libertad en la dependencia, no puede haber libertad cuando la intención de mis actos es conseguir la amorosidad del otro o encantarlo.

Solo hay un camino: soltar al otro para tomarme a mí misma, reconocer mi verdadera necesidad, mi deseo, arriesgarme a ser aunque esto signifique perder al ser amado. Ser y asumir las consecuencias, empezar a escucharme, entrar dentro de mí, percibir el movimiento sutil de mi alma.

Para ello, es necesario buscar esa libertad que no consiste en la búsqueda obsesiva de la libertad entendida como intolerancia a toda limitación —tan característica de las personas de este eneatipo. Hay que descubrir la libertad intrínseca, que consiste en la conciencia de la voluntad de mi existencia verdadera. En ella se armoniza mi voluntad con una voluntad más grande. Y en esa libertad hay sanación, hay virtud, hay un guía. Todo ello es una búsqueda: no se llega nunca, sino que es un camino de realización.

La sexualidad como camino a lo sagrado

La sexualidad es el centro de la relación para un dos sexual: la pasión de intimidad que se entiende siempre como intimidad sexual. La necesidad de ser amado que se confunde con ser deseado. La búsqueda de poder a través del sexo. La búsqueda de intensidad para sentirme vivo. La creencia de que yo tengo que dar

placer al otro. Yo tengo el control, yo busco y yo doy el orgasmo y me aferro a mi manera de hacerlo.

En el fondo hay una falta de creatividad disimulada por una aparente desinhibición y desparpajo. Un aferrarse a una manera de hacerlo, una rigidez.

La sexualidad se vive como arma de conquista, y por lo tanto es más genital, más masculina. El dos sexual quiere conseguir el orgasmo, provocarlo... Y hay una falta de fe en la energía que se mueve, en la experiencia de recibir al otro, de dejarse ir.

Como siempre, uno empieza a cuestionarse cuando vive la frustración y la insatisfacción. Será milagroso que el amante muestre su insatisfacción sexual, que nos saque de la ficción, que nos confronte o que nos muestre su necesidad de otro ritmo, de hacerlo de otra manera, de más sensibilidad, delicadeza, ternura... Esta grieta nos da la oportunidad de iniciar uno de los caminos más difíciles y costosos para este rasgo.

Hay que desandar lo aprendido, soltar el control y tener el coraje de quedarnos sin armas, indefensos.

El camino pasa por no buscar el orgasmo, por no buscar resultados conocidos, por dejar hacer al otro, por probar la pasividad, la feminidad...

En un curso del Programa SAT, oí cómo Claudio le decía a un grupo de doses sexuales:

«¿No será que os podría servir practicar un poco la experiencia del sexo sin orgasmo, a ver si se transforma en una ternura deliciosa? Podría ser que a los doses les conviniera un poco la disciplina que tanto se recomienda... Hay escuelas que se ocupan de eso, de disminuir los orgasmos para transformar esa energía en una mayor emoción, para alimentar el vínculo emocional. Para un dos sexual, debe ser muy difícil».

Y de eso se trata: desexualizar la experiencia amorosa para dar

paso al corazón, a los sentidos, a la ternura, a la sensualidad...

Como siempre, es cuestión de recuperar lo pequeño, lo más sutil, el trazo fino...

Dice Alba Arenas en su trabajo sobre la transformación que un dos sexual en proceso de sanación «transforma la idealización romántica del amor en verdadera intimidad, que es algo más simple y humilde. La sensualidad no se queda ya relegada a la conquista sexual, sino que se extiende a una sensibilidad abierta al placer de mirar una hoja, una piedra, un rayo de luz, o a la escucha del rumor del agua o del estruendo de un temporal. No siendo más esclavo de la búsqueda de intensidad y del placer, va descubriendo pequeñas y sencillas alegrías. El protagonismo de querer sentirse el centro de los deseos y de la admiración ajena va dejando paso a una nueva percepción de sí mismo: la de ser simplemente "nada especial"».

También citaré el testimonio de una compañera sobre su camino en la práctica del Tantra. Ella lo titula: «No busques el orgasmo que viene solo».

«En el tema sexual, yo pensaba que no me pasada nada si follaba con quien quería y tenía buenos y varios orgasmos y, de paso, era más potente que cualquier hombre. ¿Qué problema había?

»Conocí a un hombre y empezamos una relación. Él tenía dificultades de erección y sobre todo le era difícil la penetración. Yo, una crack, no tenía ningún problema: era una folladora experimentada.

»Entonces él empezó a hablarme de Tantra, de experimentar, de ir por otro camino. El camino de poner conciencia al momento, de entrar en contacto sin objetivo, dejar que la energía se mueva haciendo el mínimo esfuerzo, relajar, soltar y abrir espacios por todo el cuerpo...

»¡Ajajá, amigos! Al estar en ese lugar en que las cosas ocurren o no ocurren, en que la energía se mueve o no, pero se suelta el papel, me quedé en bolas. Descubrí que no sentía tanto como yo creía. Hacía mucho para sentir, no era tan folladora, me sentía insegura. Vi mi dificultad de entrega, de entregarme a lo masculino, de ser activamente pasiva, de soltar y fluir. De vivir mi feminidad como algo bonito.

»Ah, claro, el placer es mucho mayor ahora, es gozo.

»Y puedo abrir el corazón».

Verdaderamente, la revisión de la vivencia de la sexualidad es un camino de transformación para este rasgo. Y no solo eso, sino que puede convertirse en una de las brechas que nos permita abrir la puerta a una realización más profunda, un encuentro con un sentido más auténtico y profundo del amor hacia los otros y hacia nosotros mismos, una oportunidad para la entrega, la ola que nos impulse a la comunión con la energía divina, una puerta a la trascendencia.

A modo de resumen: cosas que nos ayudan

- Vivir experiencias que me ayuden a demoler el ego, a desentrañar esa necesidad esencial.
- La Meditación.
- El silencio.
- La revisión de la intención de mis acciones, de mis palabras.
- Cuestionarme y ser cuestionado.
- Permanecer en la conciencia del malestar, del dolor. Respirarlo.
- Escuchar mi limitación y seguirla, dejar que sea mi maestra.

- La constancia, la permanencia, el compromiso.
- El encuentro con el disfrute de lo cotidiano, con lo pequeño, pasar desapercibido.
- La fe en que en esta vida puedo liberarme del yugo del sufrimiento.
- Pedir ayuda.
- La soledad, la reflexión.
- Escribir esta ponencia (o un diario).

E2 conservación: Privilegio

En el E2 conservacional, la seducción se puede comparar a la de un niño para con los padres. Así como el tipo social se muestra grande, este es alguien a quien se le ve pequeño, aniñado, en sus actitudes y aun en sus rasgos físicos. Así como el dos social parece hiperadulto, sobremaduro, y el E2 sexual —como la Carmen de Bizet— aparece como una fuerza de la naturaleza, salvaje, el E2 conservación nos parece tierno e infantil.

Precisamente, los psicoanalistas llamaron este carácter *infantil*. Ichazo utilizó para su necesidad neurótica característica la expresión: «yo, lo más importante», que en su día malentendí al pensar que designase la actitud napoleónica de quien saca pecho. Por fin, llegué a comprender que, a diferencia del deseo de importancia de una persona ambiciosa, este «yo, lo más importante» del tipo conservacional se refiere al egocentrismo infantil, que es un deseo de estar en el centro de las atenciones sin tener que *ser importante* a través de calificaciones, desempeños o hazañas. Pues el niño quiere ser amado no por esto o por aquello, sino que simplemente porque sí; es decir, por ser lo que él o ella es.

Lo más prominente en este tipo humano, entonces, es la necesidad de amor, la necesidad desnuda del amor, no obtenido por la seducción sexual ni por la autoimportancia del social.

Pero ¿por qué puede tener una persona la necesidad de seguir siendo infantil o de actuar como un niño? Naturalmente, hay en ello alguna ventaja. Agradan más los niños que los adultos, y los bebés son muy atractivos para las personas de disposición maternal. Podemos decir que los rasgos infantiles mismos son seductivos, y que la necesidad neurótica de ese tipo huma-

no es una de seducir a través de la infantilidad —que implica necesidad de ternura, delicadeza y fragilidad, aunque conlleve también egocentrismo y evasión de las responsabilidades.

La transformación en el E2 conservación por Cati Preciado

¡No quiero ser adulta!

Considero que lo más difícil del proceso de transformación es crecer, madurar, asumir que ya no soy una niña a quien se le disculpa todo, por su ignorancia, por su inocencia, por capricho, viviendo de mimos, privilegios y comodidades, por derecho propio y porque sí. Dejar la infancia-adolescencia ha sido un trabajo difícil, he estado enamorada de mi imagen de niña púber durante toda la vida; una imagen que me ha seducido a mí misma, que me ha encantado y que he dejado que dirija mi vida en su mayor parte. El apego a lo infantil de mi carácter es más que una preferencia o que una fijación: es un modo de vida, un estilo de vivir donde las responsabilidades nunca descansaban en mí y en mis decisiones, sino en las circunstancias, en los otros o en el azar de la vida.

El crecer es un proceso que, al verlo desde el pasado, podría describir como complicado, difícil, incómodo, pero principalmente displacentero. Desenamorarme de mí misma ha sido la tarea más importante y determinante para crecer. Será por eso que las parejas solo crecen cuando trascienden el estado de enamoramiento y caminan hacia el proceso de construir el amor. Siendo así, esto es precisamente con lo que me he ido encontrando: darme cuenta que para crecer tengo que construirme a mí misma, no en base a la superficialidad de mis malos hábitos de carácter, sino en base a la realidad agridulce que me circunda constantemente, tomando en cuenta que en ocasiones solo necesito quedarme quieta o en silencio para escuchar la voz interior de mis necesidades, de mi alma.

El trabajo para crecer ha valido la pena: ha significado ingresar a una realidad compartida por otros y por mí, donde he podido experimentar la compañía, el apoyo, el miedo y el poder hacerle frente a mis propios fantasmas, además de aprender a pedir ayuda.

El proceso de transformación sigue, no se acaba, está sucediendo ahora mismo, y en parte ha consistido en un esfuerzo por tolerar la frustración, aceptar el peso de las cosas, las consecuencias de mis actos. Tal condición solo la he conseguido a través de reconocer un sentido profundo de incapacidad, ignorancia y pereza de ser.

Hacerme mujer y crecer significa registrar la necesidad de contactar y relacionarme con otras mujeres como iguales, como hermanas, amigas, maestras y guías; significa incorporarme al mundo femenino no solo para cultivar la seducción y la persuasión; significa contactar con la receptividad frente a la demanda; contactar con la sensibilidad frente a la insensibilidad, con el amor frente a la dependencia, con la realidad frente a la fantasía.

Hacerme mujer me hace de carne y hueso: me siento. No solo quiero sentirme con el otro: también me siento mortal, con edad, con fronteras que antes no veía ante mi prepotente heroísmo de niña superpoderosa. ¿Por qué superpoderosa? Por creer que puedo sentarme en las piernas del mismísimo Lucifer o de un Dios todopoderoso y creer que puedo besarle, acariciarle, hacerme la encantadora y lograr todo lo que desee; siempre sentí que podía con cualquier cosa, claro que se trataba de cualquier cosa que fuera de mi interés. Mi inconsciente seguramente me protegía acercándome a situaciones donde no requería de grandes esfuerzos intelectuales, ni de habilidades especiales; bastaba con mi encanto infantil y con la promesa de ofrecer un amor incondicional, como el de los niños, sin límites ni barreras. ¿Quién puede resistirse a tal oferta?

Recuerdo la sensación de sentirme una especie de domadora de bestias: cuando el otro está enojado o necesita de algo, cuando aparece el conflicto, ahí estoy yo, casi dispuesta a todo, como un oasis en el desierto para el sediento, como un canto de sirenas en medio de la nada. En el fondo, esto es necesitar a la bestia y su grotesca manera de ser para minimizar mis propios defectos, mis más profundos deseos y necesidades. Claramente, mi propia bestia termina dominándome a mí.

Mi búsqueda se inició cuando me harté de vivir en casa de mis padres, y a los 21 años, recién graduada en la facultad de psicología, logré tener un trabajo que me permitió pagarme un apartamento para mí sola. No lo pensé mucho y me fui a buscar dónde vivir sola. Mi fantasía era que mis problemas se terminarían al lograr la autonomía económica y física de vivir por mi cuenta: ¡al fin sería libre! Libre de las exigencias de mis padres, libre de hacer con mi tiempo lo que yo quisiera, libre de hacer uso de mi espacio, etcétera. A los pocos meses me empecé a deprimir, a subir de peso en casi 20 kilos... El sentimiento de soledad y de hacerme cargo de mí misma me llenó de angustia y de pavor, pero no me atrevía a confesarle a nadie todos estos sentimientos y los viví en silencio. Sin embargo seguí adelante con mi plan de vivir sola. Apenas pasaba el tiempo conmigo, siempre tenía visitas o alguna actividad. Le pedí al novio de turno que se fuera a vivir conmigo y rehusó mi oferta: ahí me sentí más deprimida y entonces me aparecieron reacciones alérgicas en la piel. Enferma, al visitar al dermatólogo me dijo:

—Usted está bajo mucho estrés, ¿qué pasa en su vida?

Al escuchar esta pregunta me sentí morir. Me invadió una rabia incontrolable y quería desquitarme con todos, con mis padres, con mi novio, con el mundo... Sentía ganas de reclamarle a a todos que no me estaban cuidando. La vida me parecía tremen-

damente complicada, me sentía impotente, estaba en crisis total...

Ahora sé que debajo de la rabia guardaba un dolor de sentirme desprotegida, inútil, insignificante y desvalorada que se evidenció al independizarme.

En aquella época me encontraba tan desconectada de mí misma que vivía en un apartamento destartalado. El viejo techo de madera tenía termitas. Cuando llovía se colaba el agua en la cocina y en la habitación. Recuerdo que ponía baldes y botes para que cayera el agua y no le reclamaba al casero. Estaba tan insensible que ni siquiera me cuestionaba si debía cambiar de apartamento. Era como si no viera lo negativo en la casa ni en mí: vivía en aquella guarida huyendo de la vida familiar, de la que estaba harta, y donde ya no había lugar para mí como yo quería.

A los diez meses de *independencia* me cambié a un nuevo piso donde todo era comodidad, cercanía y belleza. Me tomó casi un año darme cuenta de dónde deseaba vivir, ya que el primer intento fue solo un espacio para lograr salir deprisa de la casa familiar ante la desesperación que sentía allí.

Mi puesto de trabajo consistía en administrar una clínica de pacientes terminales. Cumplía cuando quería, era constantemente impuntual, mi hora de entrada podía ser las ocho de la mañana y era habitual que llegara a las diez. A veces decía estar enferma y me iba de paseo. También utilizaba dinero de la caja de gastos de oficina para emplearlo en mis propios gastos personales. Hacía ver que trabajaba y decía muchas mentiras para disculparme constantemente.

La búsqueda de mí misma comenzó en esta crisis en la que no tenía con quien hablar acerca de la verdad de lo que me pasaba: no tenía en quien apoyarme, me sentía tremendamente sola y

desprotegida, comía mal, dormía mal, tenía pesadillas y miedos en la noche. Mi novio era un muchacho depresivo al que más bien tenía que cuidar. Cada vez me sentía más cansada, y para sobrellevar todo aquello me refugiaba en fiestas todos los días que podía, o me iba de compras endeudándome con tarjetas de crédito, o comía todo lo que se me antojaba: panes, postres, chocolates... Era un estilo de vida totalmente desordenado que buscaba la manera de no contactar conmigo y quería evitar a toda costa el sentirme mal. A cambio, nunca había descanso: la euforia era mi compañera y me distraía de mi vida interior con una constante búsqueda de sensaciones y experiencias que me distrajeran de mi sensación de abandono de mí misma. Aplicaba constantemente una actitud de no frustrarme en nada, de no sentir el vacío que muy hondamente llevaba dentro, de evitar la constante ansiedad de no saber qué hacer conmigo, lo me llevaba a estar en la hiperactividad y llena de gente que me ayudaba a distraerme.

Así, un buen día que me sentía deprimidísima y sola me llamó un antiguo maestro de la facultad de psicología y me invitó a un grupo de formación y de trabajo personal. Así que vi una lucecita al final del túnel. Me inicié en el grupo y entré en un proceso de psicoterapia con él que duró cinco años. El proceso fue una especie de desintoxicación: empecé a comer mejor, comencé a hacer un poco de ejercicio y a cambiar de hábitos. Asistía a psicoterapia una vez por semana y además formaba parte de un grupo de formación que se reunía una vez por semana. Estos cinco años fueron como salir del hoyo para ver que había otro tipo de vida. Sirvieron para reconocer mi depresión, mi dolor, mi carencia de afecto, de apoyo.

Hoy me doy cuenta de que puedo protegerme yo misma: ser autosuficiente y cooperar dentro de mi relación de pareja, me da la confianza de que puedo hacer cosas por mí y por el otro. Me

siento cada vez menos ansiosa, menos preocupada de qué hacer conmigo.

Me siento comprometida con lo que hago, con mi trabajo, con las cosas sencillas del diario vivir, como cocinar o salir a caminar. La vida cada vez es más sencilla, menos compleja.

La euforia también se ha ido: me siento tranquila y puedo disfrutar sin tener grandes expectativas de mí y/o de los otros. Me veo a menudo diciendo la verdad de lo que me pasa, de lo que pienso, de lo que siento.

Nunca volví a subir de peso como cuando tenía 21 años. Para mí es un indicador muy concreto el aprender a controlar mis impulsos de comer compulsivamente o de comer desordenadamente, que desde la adolescencia fue un tema muy difícil para mí. Ahora, en general, mantengo un peso y puedo regularme sola.

También me siento cada vez menos pesada: siempre me he sentido una persona agobiante, pegajosa, como una miel que no te puedes quitar fácilmente de encima, como una niña mimada que demanda todo el tiempo cariños, miradas y atención. Ahora me veo más ligera: ya no me siento permanentemente niña, sino que me veo deseando cosas de adulta, como por ejemplo el compromiso, la responsabilidad o el estar presente con otra persona sin el egoísmo acostumbrado de sacar ventaja.

Me veo comprendiendo las vidas de mis padres, veo que mi demanda hacia ellos ha disminuido también.

Me veo tomándome en serio: mi voz cuenta por ser una persona, no por ser maravillosa ni por salirme con la mía.

Me veo eligiendo situaciones en las que quiero involucrarme, en vez de caer en la compulsión de ofrecerme a cada instante para lograr seguir siendo la preferida.

Me pienso como una mujer, no como una adolescente eterna, y de este modo logro cuidarme mi salud.

Me siento mortal: antes no veía la muerte ni la finitud de mi vida. Ahora me veo tomando en cuenta que la vida se puede acabar en cualquier momento. En ocasiones se me olvida, pero cada vez se encuentra en mí más presente la idea de que la vida es finita.

La mayor diferencia que percibo es que ahora pienso y decido por mí misma. Me doy cuenta de que no tengo todo el control de mis relaciones, sino que las relaciones están vivas, tienen su propia dinámica y su evolución depende de los dos implicados o de todas las personas que la forman.

He entrado en el mundo de las mujeres adultas, las veo como iguales, y veo mi competitividad, mi complicidad, mi envidia y mi admiración hacia ellas.

Lo nuevo es también que hoy siento el cansancio, percibo la ausencia de euforia y de berrinches y presto atención a mi necesidad de vivir de manera ordenada.

He dejado de tratar a mi familia de origen como si fuera de mi propiedad, como si tuvieran que rendirme pleitesía.

He aprendido a comprometerme en una relación, a escuchar las críticas y defectos que tengo dentro de ella.

Reconozco mi pereza intelectual, mi ignorancia. Y siento el dolor emocional que ello me causa.

He aprendido a estar conmigo misma y a conocer también la satisfacción.

He aprendido a confiar en la ayuda, en el apoyo. Me ayudó identificar que la sensación de *ser maravillosa* es una pantalla ante toda la inseguridad que guardamos dentro, relacionada con el no saber ni siquiera qué queremos para nosotras mismas.

Hoy, es más fácil para mí sentirme hermanada con las personas, vivir la experiencia de que soy una más del montón, de que vamos todos en el mismo barco.

Y, por encima de todo, lo que más me ha servido para crecer es aceptar el error, el defecto, ver lo desatenta que puedo ser, identificar que estaba ensimismada, que actuaba siempre como un parásito, alimentándome de los demás para sentirme protegida, preferida y consentida por ellos.

Me ha servido desidealizar el mundo en el que he vivido, desidealizarme ante las personas, sentir el dolor, la desilusión, enfrentar la caída de las fantasías...

Me ha servido trabajar como psicoterapeuta, hacerme útil, servir para un propósito donde me he tenido que esforzar, tener una disciplina. Como psicoterapeuta, me ha servido vivir la experiencia de que los pacientes se vayan: cuando dejan el proceso, cuando ya no lo necesitan, cuando ya no me necesitan a mí...

Ha sido fundamental imponerme disciplinas, rutinas donde existen límites, donde no puedo hacer lo que me venga en gana. Algunos ejemplos son: asistir a psicoterapia durante los últimos diez años de forma ininterrumpida, mantener un orden en casa, organizar la comida; comer siempre a la misma hora, desayunar sin excepción, tomar siempre mis medicamentos; cumplir con los pagos de mis tarjetas de crédito a tiempo, sin endeudarme; cuidar mi automóvil (llevarlo al servicio de mantenimiento, ponerle gasolina, limpiarlo), cuidar de mi salud comiendo sano, no desvelarme, dormir la siesta, descansar, no atender todas las demandas de los que me rodean, dirigir un grupo de psicoterapia ininterrumpidamente durante los últimos ocho años, en el que me he tenido que comprometer a ofrecer un espacio de escucha y apoyo, además de preparar semana a semana lo que se va a trabajar, etcétera.

Todo lo anterior no era capaz de hacerlo hace diez años: vivía en un caos constante.

Dejo atrás una infancia idealizada, dejo atrás el ser condes-

cendiente conmigo misma en todo momento, dejo atrás el miedo a no gustar, el miedo a no encantar, dejo atrás el ser ineficiente.

Y dejo atrás mi expectativa de que satisfagan todos mis deseos, de querer ser única y especial; dejo atrás la expectativa de que mi familia sea como yo quiero que sea, el deseo de que me quieran como yo quiero que me quieran.

Si miro al pasado me veo prisionera de mi necesidad de verme linda y simpática la mayor parte del tiempo: vivía atrapada en mi compulsión de gustarles a todos, mi compulsión por regalar sin ver a los demás. También he dejado atrás el sentimiento de haber nacido en la familia equivocada y una sensación de sentirme esclava.

Ahora aflora una vida de sencillez, aflora una persona de 40 años que tiene una presencia de mujer, aflora el reconocer que existe la muerte, aflora el cansancio, el interés por aprender aspectos de la vida que me parecían complicadísimos, como la filosofía, la historia, la vida misma: en la actualidad me doy cuenta que no me interesaban porque no quería hacer el esfuerzo de aprender. También aflora una mejor organización con mi trabajo: he aprendido a manejar mi economía, a ahorrar, a optimizar mi trabajo, etcétera. Aflora también una mayor aceptación de mis padres: he conseguido aceptar mis orígenes. Y siento deseo por una vida satisfactoria, no por una maravillosa. Con todo ello, aflora el sabor de la libertad.

La psicoterapia ha sido determinante para ir elaborando los contenidos de mi vida, echando a andar la razón.

El doctor Claudio Naranjo me ayudó mucho sugiriéndome lecturas, y yo misma encontré algunas que marcaron mi autoconocimiento y me ayudaron a identificarme o diferenciarme en el proceso. Ejercitar la lectura, el análisis y la reflexión ha sido una manera de activar mi parte intelectual que tenía tan depreciada.

En mi proceso de psicoterapia, me ha sido muy útil trabajar con una mujer: el eneatipo dos suele tener una relación torcida con la madre, y reparentalizarme a través de mujeres psicoterapeutas se convirtió en un paso muy importante.

Conocer la admiración y lo divino a través de la música ha sido un ejercicio fundamental. La danza se ha convertido en una forma de tener acceso a la flexibilidad, la espontaneidad y la creatividad.

Si miro hacia adelante, a mi proceso futuro, quiero no anticiparme, no adelantarme, no hacerme ilusiones, seguir con el trabajo de construirme, sentirme cada vez más real, más sólida, más presente, sencilla, viendo las cosas por mí misma, confiando en la vida y en lo que puedo hacer.

Lo que he aprendido de mi proceso de crecimiento es que lo importante es no desesperar al sentirse sola, tener paciencia y saber basta con empezar a conocerse para sentirse uno acompañado.

Para un E2 conservación es importante darse cuenta de hasta qué punto sus relaciones son utilitarias: ver que siempre hay ventaja y trueque de conveniencias. El eneatipo dos usa y termina siendo usado por los demás, por lo que al final se queda con una sensación de objeto y/o de ver al otro como objeto.

Desde mi experiencia, le recomendaría a un E2 conservación resistirse a sus berrinches cuando somos confrontados por quienes nos quieren, aprendiendo a quedarse y dar la cara, a retroalimentar la relación con el otro. Es bueno asumir que quiere tener el control de sus relaciones, y asumir cómo su manipulación y sus mentiras quieren llevar al otro adonde el E2 quiere que vaya.

Sugiero que el E2 conservación vea el precio de su comportamiento infantil, lo que pierde cada vez que se comporta como un niño: cómo ese pequeño poder se convierte en una manera de denigrar su persona y de quedarse solo.

En la relación terapéutica, el E2 conservación es un paciente de inicio complaciente y muy afectuoso que intentará seducir al terapeuta con sus cariños infantiles y una gran idealización. Esta seducción servirá como señuelo para que el psicoterapeuta no lo confronte ni lo *maltrate*; buscará que el terapeuta se encariñe y sienta dificultad por tratarle como un adulto. A través de la falsa ternura, intentará *suavizar* la relación para que se traten como dos amigos, como cómplices: de este modo, su ego de 2 conservación permanecerá intacto.

En mi consulta he tenido contacto con pacientes E2 conservación. En todos los casos, fueron mujeres. Siempre me llaman la atención los motivos por los que dicen buscar ayuda psicológica: en algunos casos, cuando tienen problemas con su pareja, el conflicto radica en que la manipulación que han estado ejerciendo ya no les funciona, o bien han recibido algún ultimátum en este sentido. Así, suele haber un problema de límites con la pareja. Ello se traduce en que gastan el dinero familiar desordenadamente o a escondidas, no pueden cumplir acuerdos, se sienten victimizadas por la pareja sin ver su parte en el conflicto, etcétera. También suelen albergar el sentimiento de que siempre ofrecen más que la pareja: más sexo, más alegría, más tiempo, más dedicación... A menudo he visto grandes dificultades para diferenciarse de la familia de origen: se trata de pacientes que gastan energía, dinero y esfuerzos en que la familia se mueva y se comporte como el paciente desea, con el añadido de que el E2 conservación también suele tener dificultades para poner límites, por lo que, en muchos aspectos, la familia de origen acaba siendo más importante que su propia familia. A ello se añade el hecho de que no pueden soltar el control: necesitan ser protagonistas dentro de la familia de origen. Como madres, tienen dificultad para ser adultas y se comportan como niñas con sus hijos. Hay una gran

dificultad para ejercer la autoridad materna. He visto una gran identificación con la infancia de los niños y deseos de que vivan una vida totalmente ausente de dolor y sufrimiento.

Mientras se sienta en la luna de miel con su psicoterapeuta, el E2 conservación parecerá un excelente alumno, el más aplicado, el más afectuoso, pero en el momento en que esa ilusión desaparece, tiende a irse y buscarse a alguien nuevo que le mime, que le haga cariños y le trate como desea. Al dos conservación le conviene ser persuadido de que conozca qué se siente al dejar de ser infantil: el psicoterapeuta debe ser un agente que le inspire a probar la libertad de ser adulto, de poder decidir libremente sobre su vida y no ser esclavo de sus deseos y sus relaciones.

Otro aspecto importante para el E2 conservación es darse cuenta de que su narcisismo infantil es implacable. Para autorregularse, le es muy útil comprender que todo lo que hace está destinado a quedarse sin capacidad de valerse por sí mismo: aunque consigue protectores, generalmente se hace esclavo de ellos, en una relación utilitaria donde el E2 conservación se siente *privilegiado* al tiempo que reprime sus frustraciones y deseos personales, en una posición demasiado sospechosa para el crecimiento.

Por todo ello, es muy importante que le digan la verdad, que le confronten a pesar de su dulzura, esa falsa dulzura que solo es la fachada de un armazón de titanio contra el mundo *incómodo y hostil* que no desea ver ni reconocer.

Para transformarse, el E2 debe aceptar desafíos constructivos que le enseñen a exponerse al mundo adulto, de manera que pueda dar a cara al mundo con los recursos que realmente posee, no con lo que promete pero nunca cumple. Es preciso que conozca cómo sus caprichos no solo no le satisfacen, sino que alimentan su frustración. Necesita ver que, al ser infantil, se garan-

tiza la soledad en su vida. Y que, al no esforzarse, se paraliza en su inmadurez y, por lo tanto, se siente inútil.

En resumen, su camino pasa por conocer sus límites: esa exploración le ofrecerá una valiosísima experiencia de seguridad y contención.